

EL EBRO, DE FONTIBRE A TORTOSA

Crónica de agua y vida

TEXTO Y FOTOS: RAFAEL CHIRBES



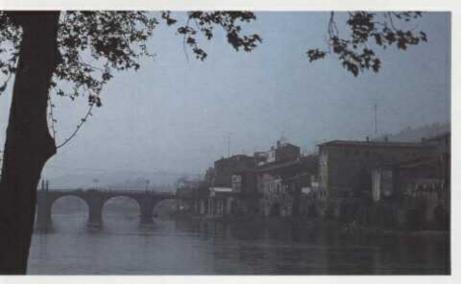
icen que el Pico de Tres Mares recibe ese nombre porque divide aguas y las reparte en tres cuencas: la del Atlántico, la del Cantábrico y la del Mediterráneo. Es una mole de perfil rotundo cuyos deshielos provocan las primeras fuentes del Ebro. El viajero la había visto, blanca y reluciente, bajo la luz compleja y sucia de la tormentosa tarde anterior, y ahora ya no podía hacerlo, porque la ocultaba la espesa cortina de niebla que había caído sobre el valle, ocultando el horizonte, mientras su automóvil avanzaba por la carretera que conduce desde Reinosa a Fontibre.

La niebla apenas dejaba adivinar los perfiles invernales de los álamos, los caballos que pastaban en las

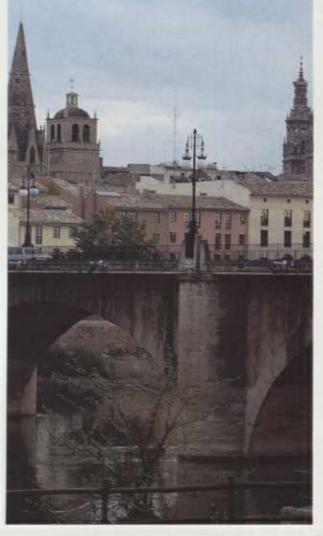


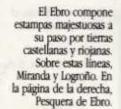
Junto a estas líneas, el Ebro a pocos kilómetros de su nacimiento. A la izquierda y arriba, el río a su paso por tierras burgalesas.

Las estaciones se suceden a lo largo del curso: del invierno cántabro a la plenitud primaveral del Delta.





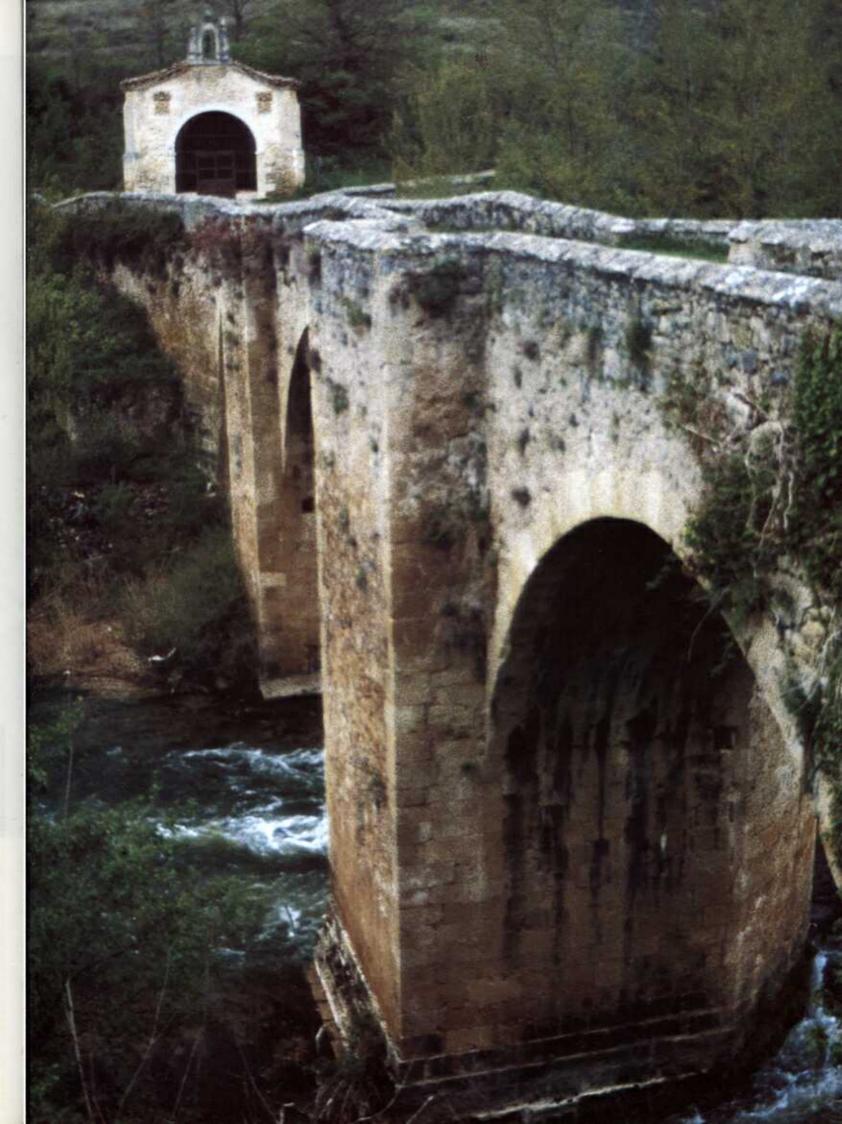


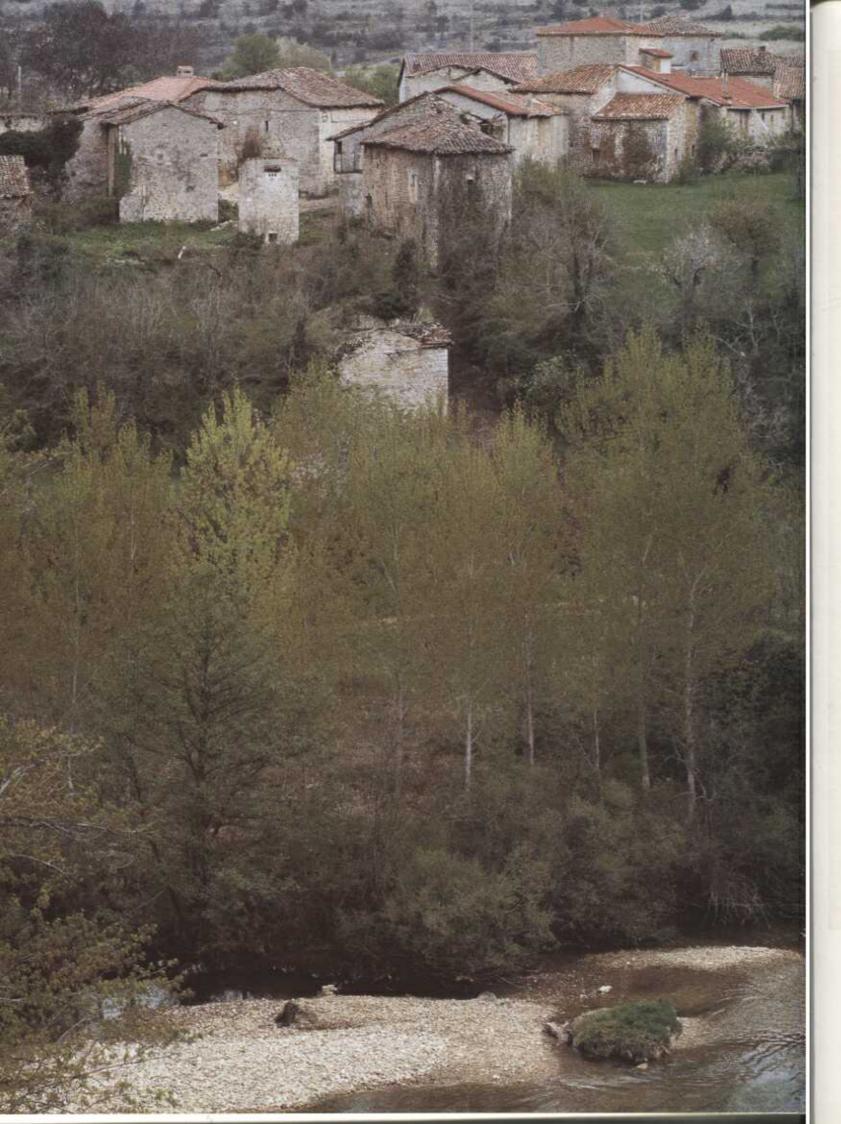


jugosas praderas, los patos domésticos que se deslizaban sobre la corriente de un río inocente que arrastraba sus aguas cristalinas formando acusados meandros entre los árboles, como si aún no supiera muy bien qué dirección tomar. La mañana de abril era desolada y fría y la niebla desaparecía en algunos trechos para dejar ver unas nubes negras y amenazadoras, que parecían dispuestas a seguir repitiendo las ráfagas de aguanieve que habían golpeado durante toda la noche los vidrios de la habitación del hotel, en Reinosa. El Pico de Tres Mares tenía que estar allí aquella oscuridad que se había apoderado del paisaje, había recorrido un rato antes la ciudad, y había entendido sobradamente el papel de las cristaleras que cubrían buena parte de las fachadas de los edificios de la ciudad, como un intento permanente por capturar la luz y el calor del sol en una zona alta y fría. Aquella mañana, en cualquier caso, el sol no iba a presentarse. Las cristaleras, bajo la escasa luz, tenían un toque de

desesperanza lejana y nórdica, a pesar de lo avanzado de la estación.

En cualquier caso, ahora, al escribir, el viajero no sabe si pensó en esas cosas aquella mañana, o fue más tarde, bajo el sol abrasador que restallaba sobre los roquedales de Mequinenza y Fayón cuando reconstruyó o incorporó a la memoria de su viaje ese inicio de cristaleras abriéndose a la niebla, con cierta desesperanza, porque ya en esos últimos tramos del río -que iba a recorrer sólo unos días más tarde- el trayecto había empezado a ofrecérsele al estilo de esas secuendetrás, pero no se le vecía. El viajero, cercado por cias que se vecían en tantas películas musicales de los años cuarenta y cincuenta, y en las que aparecía una vía de tren que se deslizaba por la pantalla a toda velocidad, mientras las hojas de un calendario, o de un cuaderno con nombres de ciudades iban cayéndose y daban la sensación de que lo hacían en el vacío del pasado. Así, de ese modo, el espectador entendía la precipitación del paso del tiempo y el fulminante ascenso de la gloria del o la protagonista.





De un modo tan simple y precipitado, reconstruía el viajero al final de su recorrido aguas abajo del Ebro, la apretada sucesión de paisajes que parecían reproducir en una sucesión de decorados todas las geografías posibles e incluso las imaginables: las desoladas montañas cubiertas de nieve, los verdes prados, los antiguos caseríos de piedra con sus fachadas cubiertas por viejos escudos, y el puente medieval saltando sobre las aguas de un río candoroso; los cañones imponentes sobre los que revolotean las aves de rapiña anunciando la presencia de algún animal muerto, los hayedos como delicados dibujos en el tardío inviemo, los cobrizos robledales aún intocados por los primeros atisbos de una primavera que aquí, en las altas tierras de la Cantabria interior, en los solitarios parajes del norte de Burgos, aún tardará en llegar, los viejos molinos arrumbados, los solitarios pescadores de truchas desafiando el frío y la humedad, son algunos de los paisajes de la primera fase del río, cuando es todavía continental y atlántico, que iban a venirle a la cabeza como aquellas hojas de los calendarios de las películas que caían precipitadamente.

Después, en el siguiente tramo del Ebro, las poblaciones destartaladas en las que se mezclan las viejas construcciones de ladrillo con los modernos edificios, los puentes cada vez más largos, los cerros desolados, los pies de viña punteando las laderas de las colinas, los paisajes desérticos de colores fantásticos, los canales e ingenios de regadio, las fábricas, las centrales nucleares con su diseño amenazador, las fértiles vegas, las torres mudéjares, las altas presas, los pedruscos rojizos, y los naranjales y campos de arroz, y la deslumbrante luz mediterránea destellando sobre una blanca vela ya en el último alto de esta precipitada representación: la desembocadura.

En los pocos días que había durado su trayecto aguas abajo del Ebro, en su recorrido de apenas novecientos kilómetros, el viajero había pasado desde el reino del invierno y las sombras, que le obligaron a detenerse durante una jornada en el balneario de Corconte, cerca de Reinosa, hasta una plenitud de cálida y húmeda primavera mediterránea, en la belleza nilótica del Delta del Ebro, con sus cultivos acuáticos, su densa y perfumada atmósfera de barrizal, sus labradores hundidos en el agua como nacidos de ella.

En la parte alta del río, por tierras de Cantabria y Burgos, el viajero se encontró con bosques deshojados, mientras que en La Rioja las vides abrían sus primeros pámpanos y un viñador le enseñó en San Vicente de la Sonsierra las poco más que microscópicas excrecencias florales que se abrían paso entre las hojas recién nacidas, anunciando precozmente el número de racimos que iba a ofrecer cada cepa. En Tudela y Calahorra se recogían los espárragos entre los surcos perfectamente









El Ebro aún conserva barbos, percas, tencas, carpas y especies de reciente implantación, como el lucio.

Las aguas del Ebro ya no son un camino por el que viajan mercancías, bestias y hombres.





trabajados, y las cartas de las casas de comidas ofrecían menestras naturales: como si se tratara de una región situada a cientos de kilómetros de la que acababa de abandonar aguas arriba; en los puestos de verduras se amontonaban las alcachofas recién cortadas en las huertas vecinas, los pimientos de colorido intenso, las patatitas tiemas. Toda la explosión de las verduras de primavera.

En su trayecto, había recorrido los huertos en los que florecían los guisantes, los campos en los que crecían los cogollos, las acelgas y espinacas. En una librería en la que se informó acerca de un libro sobre las verduras de la huerta del Ebro, el propietario se había reído de él. «Las verduras de aquí no se pueden imitar. No puede copiarlas nadie, ni quitamos la fórmula. Yo no sé lo que será, si será el cierzo, el frío del Moncayo, o qué, pero si sacas la simiente y la llevas a otro lado, no da el mismo sabor. Es que esto es una mezcla entre el polo norte y el

Corría el Ebro rumbo al Mediterráneo, y ya sus aguas empezaban a templarse, esas aguas que nacen del deshielo de las nieves de la cordillera Cantábrica y que engrosan progresivamente los deshielos de otros altos montes, el Moncayo, que engendra los afluentes de la derecha, ríos trucheros de aguas claras y frías; las nieves del Pirineo, que se convierten en ríos poderosos: los afluentes de la margen izquierda —Arga, Aragón, Cinca, Segre—. Desde los bosques de estas montañas húmedas venían también años atrás los troncos de los árboles que se deslizaban río abajo formando grandes balsas o almadías. Iban hacia las desérticas tierras de Zaragoza o Caspe, tan necesitadas de maderas para la construcción.

Zaragoza es aún la gran capital de este río bordeado por antiguas e industriosas poblaciones por cuyas calles se arrastra el fantasma de la historia. El Ebro recuerda en muchos lugares al viejo Nilo y sus riberas —a partir del curso medio, y muy especialmente en el barroco delta— le traen al viajero imágenes imprevistas del hermoso Egipto. Como la cuenca del Nilo, también buena parte del recorrido del Ebro lo compone un desierto herido por una llaga de verdor: Terribles Bardenas, con una desolación sahariana, hoscos paisajes de Castellar, Alfajarín o Alcubierre, solitarios paisajes de Sástago, Escatrón o Caspe, que hacen olvidar al viajero el origen atlántico de este río, que se vuelve de repente africano, inhóspito, duro.

Quién sabe si a lo mejor el librero de Tudela tenía razón y los más exquisito de ese espacio que se inicia en La Rioja, que sigue por tierras de Navarra y se define casi con violencia en Aragón, en los límites de tierras catalanas, y que se manifiesta en la delicadeza de las verduras de la tierra o de sus torres mudéjares, es fruto de esta mezcla entre el vérgel y el desierto, entre el ardor del sol desplomándose sobre las Bardenas, con sus peñascos desnudos y de colores increíbles y el frío helador del Moncayo, o de ese permanente y lejano referente pirenaico que se muestra de vez en cuando en el trayecto como un fondo pintado de leve azul y blanco.

El Ebro forma una especie de punta de lanza. Ha sido camino de invasión y frontera. Tal vez no es éste el lugar más indicado para hablar de emperadores romanos y filósofos, de Quintiliano y Marcial, ni para poner en pie de nuevo toda la retahíla de tópicos que el Ebro surtió al viejo régimen y que estudiábamos en los patrióticos libros de una triste infancia franquista en la que se cantaba el río que dio nombre a la península como recia cuna de nobleza y heroísmo: Palafox y Agustina de Aragón, el Pilar de Zaragoza y la Virgen que no quiere ser francesa y las inhóspitas tierras de Belchite y el arrojo de los requetés navarros y el masculino vino de Rioja.

Estas tierras fueron cruce confuso de pueblos y culturas, en esa lección de historia patriótica en la que los moros —por ser al fin y al cabo hispanos — se convertían en nobles y valerosos antecesores de Palafox a la hora de castigar al francés Carlomagno ante los muros de una Zaragoza invicta, que tuvo que esperar a la llegada de la sociedad de consumo para sufrir su derrota más duradera, una derrota que destruyó manzanas enteras de la vieja ciudad, y, como en todas partes, pedazos de lo mejor de sus habitantes.

En el otro extremo de su educación sentimental, el descenso del Ebro le traía al viajero el recuerdo de susurradas conversaciones con hombres de mirada huidiza, canciones escuchadas en noches insomnes y que llegaban desde lugares remotos con un ruido de distancias y de interferencias provocadas. Ay, Carmela, ay Carmela. Un paisaje imaginado antes que conocido, que recibió por contagio de derrotados, y en el que la tierra se adornaba con miembros humanos congelados, con cuerpos secándose al sol de una geografía inclemente. El ejército del Ebro, rumba la rumba la rumbaba. Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero, en el frente de Gandesa.

Mientras el río se encajonaba entre los desnudos riscos de Mequinenza y Fayón, el viajero había empezado a sentir el peso del sol al mismo tiempo que el de todas las frases guardadas en algún lugar de su memoria por alguien. Aunque bajo la tierra mi amante cuerpo esté, escribeme a la tierra, que yo te escribiré. Había algunos pescadores cerca del puente que conduce a la nueva Mequinenza saltando sobre la vieja, que yace bajo el pantano como bajo un sudario. Aunque bajo la tierra mi amante cuerpo... El pantano se llevó casas, viejas iglesias, huertas, recuerdos, que ya sólo viven entre las páginas de la novela que escribió Santiago Moncada, un hijo de la tierra, emigrado, como tantos otros, a Barcelona: Camí de sirga. En esta tierra fronteriza entre el antiguo reino de Aragón y Cataluña se mezclan las lenguas, las tradiciones.

Dicen los libros que aguas arriba del Ebro subían las anguilas y los salmones y los esturiones y las lampreas, y que las presas que se han ido construyendo, además de acabar con el libre curso de las especies migratorias, han dado también la puntilla a un nostálgico tráfico marítimo de sirgueros que llevaban carbón desde las minas de Mequinenza hasta las poblaciones de la desembocadura. Un tráfico de *llauts* de doble vela, de viajeros pobres, de almadieros.

Por su potencia física de río caudaloso —el mayor de España— y por ese carácter simbólico y bautismal de padre de la península, el Ebro ha sido con frecuencia punto de interés, y parecía que su transformación era como la imagen de la transformación de un pueblo entero. Ilustrados y arbitristas, soñadores e iluminados idearon numerosos proyectos de aprovechamiento, sólo en una infima parte cumplidos, incluido el de acrecentar su navegabilidad y comunicarlo con otros espacios acuáticos.

Olvidándose de las características orográficas de España, se hicieron proyectos para establecer un canal que uniese el Mediterráneo con el Cantábrico, otro que uniera el Ebro con el Duero y con el Tajo y que permitiera el transporte de mercancías y viajeros entre Zaragoza y Lisboa, o aún más, entre Zaragoza y Sevilla. Quedan los canales Imperial y de Tauste, como grandes obras. Quedan las teorías y realizaciones de hombres como Pignatelli, o Manuel Lorenzo Pardo, y las refle-

xiones de Joaquín Costa que, harto de vacía retórica castellana, quería llenar el sepulcro del Cid con alcachofas y pimientos de esta ribera laboriosa.

En las cercanías de Mequinenza, un grupo de temporeros discutía acerca de las incidencias de los primeros días de recogida de la cereza. Habían caído precipitadamente esas hojas de calendario de las viejas películas musicales en las que el viajero había pensado para expresar la velocidad con la que discurrían las estaciones en el curso de este río. Los cerezos aparecían repletos de rojos frutos en esa frontera ambigua entre Aragón y Cataluña, al mismo tiempo que seguía anclada la nieve en la cabecera del río, en el Moncayo y en los Pirineos. Aguas abajo, iba a tener ocasión el viajero de oler el perfume de azahar en los alrededores de Tortosa y ese perfume de cieno caliente y flores marchitas que emparenta el Delta del Ebro con otros deltas como el del Nilo, o el del Mekong, donde reinan los veranos intermi-

Las sucesivas presas han terminado con el tráfico de embarcaciones que llevaban el carbón de las minas de Mequinenza (cuyo castillo aparece en la fotografia) hasta el Mediterráneo.

La Basílica del Pilar permanece como una de las imágenes más célebres del Ebro. Sobre estas líneas, una escena del tramo catalán del río.

En un puesto de carretera, cerca de Deltebre, pudo comprar hasta un puñado de perfumados nísperos recién cogidos, como prematuro anuncio de ese verano en aquella tarde calurosa.

Sólo una semana separaba el inicio del viaje del final y era como si hubiesen discurrido dos estaciones. El batir de las alas de los patos removía los cañaverales y carrizos del canal con que marca el brazo sur del río la isla de Buda, y los primeros turistas se acercaban a la plava v se remojaban los pies en el agua del mar y una mujer alta v rubia se metió vestida con un bikini al que faltaba la parte superior. Salió corriendo por culpa de la brisa del atardecer que venía del mar, que lo picaba un poco y que refrescaba superficialmente aquella tarde que había empezado a ser agobiante. Además, había llegado ya esa hora en la que las sombras de las casas y pesqueras del delta se alargan anunciando que el sol se pondrá pronto por detrás de unas montañas que, vistas desde aquí, parecen tan lejanas, como próximas y elevadas resultan cuando se las mira

Hace años que desaparecieron los astilleros de Tortosa y que la ciudad dejó de ser un activo centro de comercio fluvial. El Ebro pasa entre sus sólidos muelles de piedra, a la sombra de los edificios antiguos, con algo de silencioso y lúgubre. Es un río inactivo, aunque al pie del puente del ferrocarril alguien haya anclado un velero, o un piragüista descienda aguas abajo en esta última hora crepuscular.

El río aún tiene barbos, percas, tencas, carpas, madrillas y especies de reciente importación, como el lucio, pero incluso los peces más resistentes, como la perca, tienen que oxigenar el agua del río con la cola para sobrevivir, porque la contaminación, sobre todo en épocas de estiaje, apenas si les permite respirar, tal y como cuenta José Ramón Marcuello en su espléndido



libro, El Ebro, que fue inseparable compañía del viajero en su descenso río abajo.

Las aguas del Ebro ya no componen un camino por fluvial. Y los labradores del Delta del Ebro ya habian el que viajan mercancias, bestias y hombres, ni mueven inundado sus campos y procedían a sembrar el arroz viejos molinos, ni son una despensa blanda. Desde muy pronto, a su paso por la provincia de Burgos, sufren, en el embalse de la central nuclear de Santa María de Garoña, su primera alteración térmica. Es sólo el principio. Enseguida vendrán los residuos industriales de Miranda de Ebro, los vertidos de Lo-

> Logroño es una ciudad que el viajero conoce, porque tiene la extraña capacidad de ser cruce de muchos caminos: ciudad del vino, y también del Camino de Santiago, que baja por las orillas del afluente Arga, el río de Pamplona, el de Puente de la Reina, con su hermoso arco medieval, un camino que el viaiero recorrió no hace mucho. Ahora, esta vez, Logroño se le había aparecido distinta, con sus antiguas torres del otro lado del río, entre el rumor de las hojas de los chopos de la ribera. Como se le aparecía formando parte de otro conjunto, Haro, que otras veces ha mirado como capital del vino riojano, y hoy es una etapa más, un cerro que parece como si no quisiera mirar al río y lo hubiera tapado bajo la ar-

> Haro se levanta por encima del Ebro y parece mirar hacia otra parte. Logroño, Calahorra o Tudela, no. Vigilan el río y hacen crecer sus huertas como extensión del poder de ese río que -como tantas cosas en su deambular- el viajero ve discurrir envejecido, vacío de los significados que tuvo un día: no es camino, no es despensa, no purifica cuanto encuentra a su paso. Arrastra, eso sí, lo que las ciudades

> Dicen que en su origen la cuenca del Ebro fue un mar que acabó vaciándose cuando colmó la cordillera catalana hace millones de años, y que esos riscos, esas muelas hoscas que componen los límites del paisaje fueron las desoladas orillas de ese

> Es una historia duradera, si se compara con la de los hombres que habitan sus orillas, la de esos dioses de piedra que acechan el paso del río, pero la historia de los hombres -- sobre todo en estos últimos años- posee una infinita capacidad destructiva. Esas hojas de calendario que pasaban veloces en la pantalla en los viejos musicales. Si tras millones de años de ser mar el Ebro se convirtió en río, ahora, en sólo unos decenios, quizás esté a punto de volver a cambiar su función sin que los geógrafos hayan tenido tiempo de enterarse y pueda quedar reducido a convertirse en un majestuoso colector de aguas

Después de una larga travesia por territorios desérticos, el Ebro hace estallar la vida en el Delta, donde huertas y borizonte idilico.

Ilustrados y arbitristas, soñadores e iluminados idearon grandes proyectos para el río, la mayoría incumplidos.

COMER Y DORMIR EN EL EBRO

L CURSO ALTO

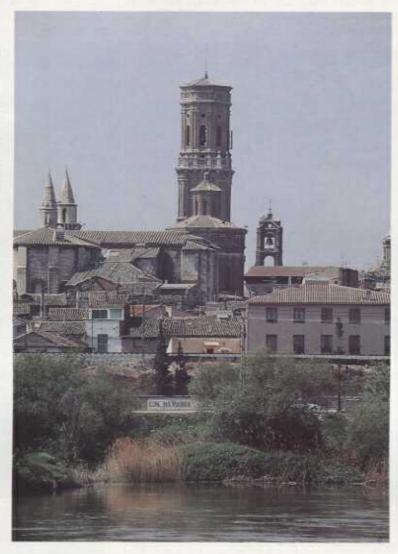
El Alto Campoo cántabro y el curso del río que discurre por la provincia de Burgos ofrece una bucólica geografía propia de la España húmeda, con una cocina basada en las buenas cames de vacuno, en los guisos de legumbres, y que se complementa con las truchas del Ebro, que viven en estas aguas limpias y frías, así como en las de los tramos superiores de sus afluentes. En Reinosa, el restaurante del Hotel Vejo ofrece buenas carnes y verduras. También se puede encontrar comida popular en los pequeños bares de Pesquera de Ebro o Frias, ya en la provincia de Burgos. Villarcayo y Medina del Pomar - a pocos kilómetros del cauce del río-son las dos poblaciones mejor abastecidas de la comarca. Mezclan las tradiciones castellanas con influencias vascas en su cocina. En Villarcayo, La Rubia, Plati y el Mesón del Cid ofrecen cama, trato y guisos familiares. En Medina de Pomar, el Hotel Las Merindades.

Donde el cruce de tradiciones castellanas y vascas se vuelve más evidente es en Miranda de Ebro, ciudad en la que se puede dormir en el Hotel Tudanca, que tiene un restaurante -el Horno de San Juan-especializado en asados. Neguri es un restaurante que trabaja de un modo modemo los pescados del cantábrico y las verduras del Ebro: cuidado y elegante. Achuri y La Vasca ofrecen una cocina sólida y tradicional: buenas pochas y pescados, soberbias verduras, sabrosos callos

L CURSO MEDIO

A partir de Haro, se refuerza el esplendor gastronómico del Ebro. Soberbias menestras, de-

18 / SOBREMESA / 115



del pico, buenas carnes y magníficos asados aparecen sobre las mesas de los restaurantes riojanos. En Haro, Beethoven I y II ofrecen excelente cocina. El primero, con una decoración popular. El segundo, situado enfrente, en un marco cuidado. Terete es un lugar tipico donde pueden tomarse unas inolvidables pochas o excelentes asados. Iturrimurri es un agradable hotel situado en las afueras. Río abajo, Logroño ofrece el gran santuario gastronómico del Ebro en su restaurante La Merced, que cuenta, además, con soberbia bodega. Pero hay otros lugares -como Cache-

tero, Casa Emilio, Zubillaga

o Las Cubanas, sin ánimo de

liciosos espárragos, pimientos

ser exhaustivos- donde se puede comer bien. Las copas se toman en la popular calle del Laurel, donde se acompañan de buenos aperitivos. Resulta obvio que, tanto en Logroño como en Haro, parece inevitable visitar las buenas tiendas de vinos.

En Calaborra, son excelentes las cames y verduras de La Taberna de la Cuarta Esquina y se puede comer bien en Casa Mateo, Chef Nino, o en el Parador de Turismo Marco Quintiliano, donde también puede encontrarse alojamiento. En Alfaro, el Hotel Palacios proporciona alojamiento al viajero. En Tudela, triunfan -como es lógico- las verduras y el cordero en sus restaurantes tradicionales: los de los hostales Tudela y Morase, Beetboven, Choko v el Mesón Julian. Magnificas materias pri-

En Zaragoza, la capital aragonesa, ha proliferado la oferta de restaurantes vascos entre los que ocupan la cabecera de los mejores de la ciudad: Risko Mar, Gurrea, Josean, Txalupa, Guetaria, Pantxica Orio o Costa Vasca son algunos de los mejores. Goyesco, Los Borrachos, La Venta del Cachirulo o La Casa del Ventero se alinean entre los buenos de cocina aragonesa y otros como Gayarre, La Mar, La Matilde, La Aldaba o Galatea, este último en la cercana Puebla de Alfindén, ofrecen cocinas imagina-

L BAJO EBRO

Tortosa, va cerca de la desembocadura, ofrece al viajero la siguiente parada gastronómica, en un espacio culinario ya radicalmente distinto v marcado por la presencia inminente del Mediterráneo. Estamos en el ámbito de influencia del Delta, con sus pescados, anguilas y langostinos, con su afición por la caza de pluma. Ofrece platos de cocina popular el Parador de la Zuda y una cocina muy interesante la Pizzería Rosa, llena de imaginación y de enriquecimiento de los sabores tradicionales de la cocina catalana, además de buenas pastas. En La Ampolla, Sant Carles de la Ràpita, o Deltebre, abundan los lugares que preparan arroces negros o rossejats, y en los que se pueden degustar all i pebres v frutos del mar. Varadero. Miami. Can Victor o Casa Ramón son algunos de los lugares tradicionales de Sant Carles.

16 / SOBREMESA / 115

De un modo tan simple y precipitado, reconstruía el viajero al final de su recorrido aguas abajo del Ebro, la apretada sucesión de paisajes que parecían reproducir en una sucesión de decorados todas las geografías posibles e incluso las imaginables: las desoladas montañas cubiertas de nieve, los verdes prados, los antiguos caseríos de piedra con sus fachadas cubiertas por vieios escudos, y el puente medieval saltando sobre las aguas de un río candoroso; los cañones imponentes sobre los que revolotean las aves de rapiña anunciando la presencia de algún animal muerto, los hayedos como delicados dibujos en el tardío invierno, los cobrizos robledales aún intocados por los primeros atisbos de una primavera que aquí, en las altas tierras de la Cantabria interior, en los solitarios parajes del norte de Burgos, aún tardará en llegar, los viejos molinos arrumbados, los solitarios pescadores de truchas desafiando el frío y la humedad, son algunos de los paisajes de la primera fase del río, cuando es todavía continental y atlántico, que iban a venirle a la cabeza como aquellas hojas de los calendarios de las películas que caían precipitadamente.

Después, en el siguiente tramo del Ebro, las poblaciones destartaladas en las que se mezclan las viejas construcciones de ladrillo con los modernos edificios, los puentes cada vez más largos, los cerros desolados, los pies de viña punteando las laderas de las colinas, los paisajes desérticos de colores fantásticos, los canales e ingenios de regadío, las fábricas, las centrales nucleares con su diseño amenazador, las fértiles vegas, las torres mudéjares, las altas presas, los pedruscos rojizos, y los naranjales y campos de arroz, y la deslumbrante luz mediterránea destellando sobre una blanca vela ya en el último alto de esta precipitada representación: la desembocadura.

En los pocos días que había durado su trayecto aguas abajo del Ebro, en su recorrido de apenas novecientos kilómetros, el viajero había pasado desde el reino del invierno y las sombras, que le obligaron a detenerse durante una jornada en el balneario de Corconte, cerca de Reinosa, hasta una plenitud de cálida y húmeda primavera mediterránea, en la belleza nilótica del Delta del Ebro, con sus cultivos acuáticos, su densa y perfumada atmósfera de barrizal, sus labradores hundidos en el agua como nacidos de ella.

En la parte alta del río, por tierras de Cantabria y Burgos, el viajero se encontró con bosques deshojados, mientras que en La Rioja las vides abrian sus primeros pámpanos y un viñador le enseñó en San Vicente de la Sonsierra las poco más que microscópicas excrecencias florales que se abrian paso entre las hojas recién nacidas, anunciando precozmente el número de racimos que iba a ofrecer cada cepa. En Tudela y Calahorra se recogian los espárragos entre los surcos perfectamente







Desde los hayedos del curso alto hasta los arrozales del Delta, en el Ebro tienen cabida todos los paisajes imaginables. En las fotos, Haro y el río a su paso por las comarcas de Tarragona.

El Ebro aún conserva barbos, percas, tencas, carpas y especies de reciente implantación, como el lucio.